

## EL TESTIMONIO DE HISPANOAMÉRICA

1960 fué el año de Africa. Se ha dicho que 1961 iba a ser el año de Hispanoamérica. Vencido ya el curso de la mayor parte de sus doce meses observamos que el hecho más singular que en ellos cabe señalar es la confirmación de la orientación comunista del régimen de Cuba. O lo que es lo mismo, la frustración de las esperanzas de muchos americanos que vieron en el derrocamiento de la dictadura de Batista el advenimiento de la verdadera revolución iberoamericana. Se ha de señalar también, porque es de indudable importancia, la celebración de la Conferencia Interamericana de Punta del Este, donde se han dado los primeros pasos para la realización práctica del Plan Kennedy «Alianza para el Progreso». Todavía se podría señalar el avance, menos ruidoso pero cierto, en la creación de un Mercado Común de dimensión continental.

Lo que llevaba a afirmar que el año 1961 sería el año de Iberoamérica era la conciencia clara de que este conjunto de Repúblicas, de Río Grande para abajo, está en trance de revolución, de una revolución que se siente inaplazable, tanto para la suerte de aquel Hemisferio como para la del Mundo Occidental. En una palabra, Hispanoamérica convulsiona en busca de su propio camino. Como ya dijo con frase certera Eudocio Ravines, América es un Continente en erupción.

Esta revolución que hace vibrar todo un Continente no es una revolución circunstancial, dirigida a la alteración de los regímenes políticos. Se trata de algo mucho más profundo y definitivo, puesto que en resumidas cuentas es la necesidad de introducir un cambio, y un cambio rápido, a ritmo acelerado, dado que las urgencias de este tiempo no permiten otra cosa, en toda su estructura económica y social.

Lo grave de la situación por la que atraviesan los países hispanoameri-

canos es que, empujados por las circunstancias, así interiores como exteriores, se ven abocados a dar un difícil salto desde un estado de cosas en el que perduran las estructuras y los intereses enraizados en el pasado, que responden a concepciones de vida superadas, hasta una organización moderna impuesta inexorablemente por las exigencias técnicas y las necesidades del tiempo presente. Certestamente ha dicho el sociólogo brasileño Fischlowitz, que «Latinoamérica es, sin duda, la primera región del mundo económicamente subdesarrollada que entrará en la órbita de la civilización más avanzada».

Quiere esto decir que toda la tensión que se deja sentir en las masas, en los intelectuales y en los políticos de aquellos países traduce al exterior la inseguridad de un cambio inevitable, pero para el que el tiempo no concede el plazo necesario para una evolución. En efecto, un cambio de estructuras sociales sería menos dramático si los países hispanoamericanos hubieran alcanzado un determinado grado de integración social, de forma que todos los grupos étnicos hubieran logrado aquella homogeneidad que se considera presupuesto indispensable para la existencia de una conciencia social más o menos uniforme. Sin embargo, es lo cierto que en el cuerpo social de la mayoría de estos países perduran disparidades, separaciones, que constituyen en verdad auténticos abismos. Existe la disparidad étnica, como consecuencia de todo el proceso de mestización que constituye el fondo sobre el que se ha desarrollado la vida política y cultural desde lejanos años. Dentro de esta disparidad étnica resalta, sobre todo en los países andinos y centroamericanos, la formidable separación, que constituye un auténtico aislamiento en lo social y en lo cultural, del indio. Es una realidad evidente que el indio, traído por fórmulas sociales de tipo comunal y de ámbito muy reducido, no se ha incorporado como miembro a la sociedad en que vive. Esto, que es conocido por cualquiera que se haya preocupado por la situación de los países hispanoamericanos, es algo que hiere la vista de cualquiera que se dé una vuelta por aquellos países. Es corriente oír en países como Perú, Ecuador, Colombia y otros, donde la población india constituye un elevado porcentaje de la población total, que la masa india es un peso muerto en la sociedad, porque ni produce ni consume. A lo largo de muchos años, esos 29 millones de indios que viven en Hispanoamérica han adoptado, mucho más que como reacción consciente como inconsciente defensa, una actitud espiritual de repliegue que dificulta todavía más su incorporación a un cuerpo social al que pueden y deben contribuir con las

esencias espirituales que les pertenecen. Y como quiera que el indio, en términos generales y pasando por encima de la diferencia de detalles que pudieran establecerse entre unos y otros países, constituye el casi total de la población agraria, viviendo en condiciones de extrema pobreza y aislamiento, se ha producido en los países hispanoamericanos otra disparidad de considerable importancia entre la ciudad y el campo. Esta disparidad no solamente es económica—actualmente se calcula que la renta *per cápita* de los campesinos apenas llega al tercio de la del hombre de la ciudad—, sino sobre todo social y cultural, dadas las diferencias enormes que existen en cuanto a asistencia médica, prevención social, ordenación del trabajo, higiene, régimen alimenticio, recursos escolares, etc., entre el hombre que vive perdido en la inmensidad de las montañas o de los páramos y el que desarrolla su vida dentro del marco de la gran ciudad. Es cierto que existe tradicionalmente una comunicación establecida entre las masas campesinas y los núcleos urbanos como consecuencia del éxodo rural a la ciudad, hasta el punto de que se ha calculado en uno o dos millones la población campesina que anualmente deja su trabajo y su residencia familiar para incorporarse, parte de un movimiento migratorio oscuro y complejo, a la ciudad. Pero estas corrientes migratorias que nutren de manera desordenada los núcleos más densos de población, creando problemas que las autoridades locales y nacionales aciertan rara vez a dominar, no responden en su desplazamiento a necesidades del desarrollo normal del cuerpo social. Esto se pone de manifiesto desde el momento en que existe una distancia muy grande entre la demanda de trabajo de estos desplazados rurales y los límites normales de oferta laboral que se dan en la ciudad, todavía agudizada por el hecho de que un número considerable de las ofertas de trabajo se dirigen a gentes con un mínimo adiestramiento, en virtud del proceso de industrialización, lo que no puede satisfacer una mano de obra en absoluto calificada. En este éxodo rural, que constituye uno de los fenómenos más notables de la evolución social hispanoamericana, intervienen muy diversos factores y algunas veces asistimos, como ocurre en Colombia, a una verdadera huída de determinadas zonas campesinas como consecuencia del terror nacido de la inseguridad personal que genera un fenómeno tan sorprendente como la llamada «violencia», que cubre de luto desde hace años a la gran República colombiana. La consecuencia de esto es que a aquella disparidad étnica y aquel divorcio o separación entre la ciudad y el campo se suma la acumulación en las ciudades de poblaciones desarraigadas, insatisfechas, no asimiladas, en las que se acentúa la inclinación revolucionaria.

En directa conexión con esto hay que considerar la formidable explosión demográfica de Hispanoamérica. De los 70 millones de habitantes que se calcula tenía el conjunto de estos países al comienzo de siglo, se ha pasado hoy a la cifra de los 200 millones, y se prevé, según cálculos certeros, que para dentro de quince o veinte años se situará en los 300 millones. De este aumento de población, sólo una mínima parte (un quinto, según cálculos de la C. E. P. A. L.) será absorbida por la agricultura. Inevitablemente, el paro obrero progresará de manera pavorosa, porque es casi impensable que el proceso de industrialización, de creación de nuevas fuentes de riqueza y de transformación de la economía permita un correlativo aumento de puestos de trabajo en la cantidad necesaria para evitar esta calamidad. Y no hay que olvidar que si se incrementa la aplicación de procedimientos técnicos a la agricultura, la capacidad de absorción de mano de obra de ésta se reducirá todavía más. En términos económicos esto quiere decir que Hispanoamérica se enfrenta con una disparidad más: la existente entre su crecimiento de población y la de su incremento de producción.

En cuanto a la modalidad de su economía, es sobradamente conocido que los países hispanoamericanos son en su mayor parte países de monocultivo, o sea que la explotación de sus riquezas naturales es desequilibrada, pese a las enormes reservas que es posible calcular para cada uno de ellos. En esta característica de su economía se encuentra uno de los factores más decisivos de su inseguridad social y también política. El monocultivo es antieconómico y hace depender el nivel de vida de enormes masas de población, e incluso la prosperidad nacional toda, de las fluctuaciones en el mercado de un solo producto. Esta falta de diversificación de la agricultura es también un elemento que ha contribuido poderosamente a la perpetuación de las estructuras sociales en el campo y a la desigual distribución de la riqueza. Por todo ello, en los grandes programas de reforma agraria se plantea simultáneamente la necesidad de diversificar la agricultura y de acabar con una situación totalmente injusta en la posesión de las tierras y con una explotación de las mismas irracional en la mayor parte de los países. Aquí se encuentra Hispanoamérica frente a uno de los obstáculos más fuertes, porque vinculados a ese estado de cosas están los intereses creados de propietarios que no solamente detentan el poder económico del país, sino también el poder social y político. Es muy fácil, partiendo de una situación como ésta, dar un enfoque de carácter revolucionario y anárquico a algo que se siente

tan necesario como la reforma agraria, lo que vendría a lesionar en no menor medida el futuro y la prosperidad de los países.

Las formas de vida que han perdurado en Hispanoamérica son las que corresponden a una vieja sociedad en la que el dato determinante era la separación entre la oligarquía terrateniente y la masa olvidada, integrada en su mayor parte por campesinos y artesanos, y en menor proporción por una burocracia resentida. Esto es cierto, casi diríamos en virtud de un extraño inmovilismo social, hasta la II Guerra Mundial. Desde 1910 hacen aparición, con más o menos vigor, movimientos de tipo socialista y sindical que, pronto, como consecuencia de la atracción producida por la Revolución rusa, se hacen permeables al influjo de ideas de carácter comunista. El lento avance de la industrialización va creando, como algo nuevo, una incipiente clase media, sin conciencia de clase por supuesto, y que espiritualmente está vinculada a los sectores de la población más carentes de recursos. En este aspecto, la segunda conflagración mundial contribuyó poderosamente a engrosar este estrato medio, aunque sin lograr su desvinculación con muchos aspectos del mundo mental de los desposeídos. Sin embargo, la aparición de una clase media, que en virtud de factores sociales y políticos ha ido adquiriendo rápidamente en los últimos años una mayor conciencia de clase, es algo que tiene la mayor importancia y en lo que se ha de ver un factor de esta estabilización que puede jugar un papel decisivo en la gran transformación en que se encuentra empeñada la sociedad de estas Repúblicas. Pero también aquí se ha de apuntar un peligro, y es que si en esta clase media una parte muy importante de ella está vinculada al desarrollo técnico e industrial, no es exagerado advertir que en el momento de crear su propio mundo ideológico sentirá muy fuerte las sollicitaciones o estímulos admirativos por los desarrollos materiales que, en medio de la lucha ideológica entre la Unión Soviética y el Mundo Occidental, aquélla presenta como un arma de formidable propaganda en una sociedad muy sensibilizada para los adelantos técnicos y materiales.

Porque es necesario tener en cuenta que este gran momento que vive Hispanoamérica se da en medio de un mundo dividido, con división que no alcanza solamente el dominio de la hegemonía política, sino sobre todo al mundo de las ideas, por cuanto enfrenta dos concepciones de vida.

Toda la realidad económica y social que ha condicionado la evolución de aquellos países hasta llegar al presente es testimonio de un estado de cosas incompatible con las exigencias del desarrollo técnico, con las necesi-

dades de la evolución social y, por consiguiente, con las medidas a adoptar para asegurar la supervivencia de los pueblos.

Pero también toda esta convulsión e inquietud da testimonio de que en Hispanoamérica se abre cada vez más camino la conciencia de las dimensiones de los problemas a resolver. Es imposible por ello predecir el curso de la evolución hispanoamericana en los próximos años, pero como se decía hace algo más de un año desde las páginas de la revista caraqueña *Política*: «Latinoamérica tiene la responsabilidad de forjar su futuro, pero también el deber de evadir los riesgos que ciento cincuenta años antes no podía vadear... La posibilidad de ser plenamente libre está ante nosotros.»

En toda la evolución histórica del pasado, desde la Independencia, pero sobre todo a partir del auge del movimiento panamericano, cabe una responsabilidad muy grande a los Estados Unidos. Una visión equivocada de las posibilidades de Hispanoamérica, de las razones de su prosperidad y de su futuro, determinaron una política que hoy se sintetiza, como tratándose de un valor entendido, con el calificativo de «imperialismo yanqui». Ese despliegue del Destino Manifiesto, de la política del *big stick*, del «imperialismo del dólar», del «buen vecino», al tiempo que aseguraba la explotación de los países situados al sur del Río Grande, en beneficio de la gran potencia del Norte, lesionaba la conciencia de la unidad entre todos los hispanoamericanos y fomentaba el raquitismo político. Es muy fácil hablar de falta de madurez social y política y de espíritu anárquico cuando al hablar de panamericanismo no se pensaba en el desarrollo y la prosperidad de las poblaciones que trabajaban sus propias riquezas para asegurar los beneficios ajenos. Pero la Historia habla duramente, y hoy, sin apenas tiempo para hacer madurar lo que tiempo requiere, desde el Norte, desde los Estados Unidos, se tiene que propugnar una política de mayor comprensión, de total respeto para la prosperidad de los pueblos americanos como un todo, como medio de asegurar la supervivencia de los valores de la civilización cristiana en todo el Hemisferio. Un primer paso fué el Plan Dillon presentado en Bogotá, que hoy se completa y perfecciona con el Plan Kennedy «Alianza para el Progreso». Mientras tanto se abre camino entre los políticos hispanoamericanos la conciencia clara de abordar con espíritu armónico y continental la solución de los problemas económicos. Porque Hispanoamérica se sitúa hoy necesariamente ante el dilema Este-Oeste, y afortunadamente Hispanoamérica es parte, y parte importante, del Mundo Occidental. El encauzamiento de los graves problemas que en lo económico y social tiene que encarar Hispanoamérica no puede lograrse sin ayuda exterior. Por lo que se ha de concluir que:

## EL TESTIMONIO DE HISPANOAMÉRICA

esa ayuda—técnica, humana y de capitales—ha de provenir necesariamente, por imperativo de la solidaridad entre los pueblos, más evidente hoy que nunca, del Mundo Occidental.

En algún sitio hemos leído que la revolución cubana es, por encima de todo, una advertencia. Y así es, porque la ofensiva soviética sobre Hispanoamérica tiene como su más poderoso aliado la cada vez más extendida conciencia en las masas americanas, esas que forman la que Germán Arciniegas ha llamado «la América invisible», de que es inaplazable el poner fin a sus males y de que, además, esos males tienen remedio.

FERNANDO MURILLO RUBIERA.